

El famoso panorama de los Alpes, visto desde Murren.

ENTRE LOS PICOS NEVADOS DE LOS ALPES

UNA EXCURSION FAMILIAR POR SUIZA

DESDE mucho antes de emprender nuestro proyectado viaje familiar a Suiza, estuvimos discutiendo varias cosas relacionadas con el mismo. Consultamos mapas y guías, proyectando excursiones, y tratamos muy detenidamente de la clase de calzado que debíamos llevar, de la ligereza de nuestros impermeables y equipos, forma de sombreros a propósito para resguardarnos del sol y que a la vez resistieran la lluvia, etc. Otros preparativos hicimos para el viaje, tales como los ejercicios cotidianos de gimnasia sueca, para facilitar la respiración, y las pruebas también de pedestrismo, a fin de habituarnos a las grandes marchas, para poder luego trepar peñas arriba sin demasiado esfuerzo. Por fin partimos todos convenientemente preparados.

Al día siguiente nos desayunábamos muy alegres en un restaurant de Berna, sin sentir cansancio alguno, no obstante haber pasado la noche viajando a través de los campos de Francia. Nuestro ánimo comenzó a espaciarse cuando la inmensa y triste llanura, tan extrañamente bella contemplada a través de la niebla gris de la mañana, dejó ver, al esfumarse, los elevados montes del Jura, que nos empujaban hacia el interior de Suiza.

Contemplando los bosques, valles y ríos que íbamos dejando atrás en nuestra marcha vertiginosa y que parecían anunciarnos próximas sorpresas, sentimos que la realización de nuestro soñado y tan discutido viaje, se desplegaba ante nuestros ojos con todos los encantos de un maravilloso cuadro pintado por un gran artista.

Después de habernos desayunado, salimos a comprar bastones de alpinista, que van provistos de agudas conteras para clavarse en la tierra, y las típicas mochilas que se sujetan a la espalda con tirantes. Desde luego deseábamos emprender la primera excursión a los montes, pero Berna nos retuvo. Son interesantísimas las arcadas de sus tiendas, sus hermosas fuentes, los osos famosísimos que habitan en una cueva limpia y pintoresca, comiendo naranjas, bañándose en su charca y haciendo piruetas en el agua. Nunca habíamos visto puentes tan altos como los tendidos sobre el río Aar, que se desliza en rápida y profunda corriente.

Brilla el sol esplendoroso, y nosotros no tenemos ojos sino para contemplar el espléndido panorama que se descubre desde los puentes, desde la terraza donde se levanta atrevidamente la Catedral, más de treinta metros por encima del

río, y desde Schänzli, una colina próxima, donde almorzamos.

¡Y qué vista! Es el panorama de las montañas lejanas, coronadas de nieve, que parecen abrazarse al cielo, elevándose por encima de otras montañas más pequeñas, como las que antes habíamos visto ya, envueltas entre nubes. Contemplados a lo lejos los picos más elevados del

de Historia Natural, con objeto de ver el mapa en relieve del alto país de Berna, y compararlo con nuestras guías, para de ese modo orientarnos mejor y hacer a pie largas excursiones. También echamos una ojeada a los cristales de San Gotardo, y a la colección zoológica, tomando luego el tren para ir a Thun, ya con nuestros sacos o mochilas bien



ESTE MAPA NOS MUESTRA LA RUTA DE NUESTRAS EXCURSIONES POR SUIZA

Berner Oberland, o país alto de Berna, parecen un grupo de gigantes amenazadores. Distinguimos luego el Jungfrau y los montes que le circundan, produciéndonos tal impresión, que nos quedamos mirándolos extasiados, hasta que la nívea blancura de sus cumbres toma un tinte rosáceo, con el beso del sol poniente. Después, sintiéndonos ya cansados, tomamos el tranvía, para ir a cenar y a buscar luego el descanso en las camas suizas.

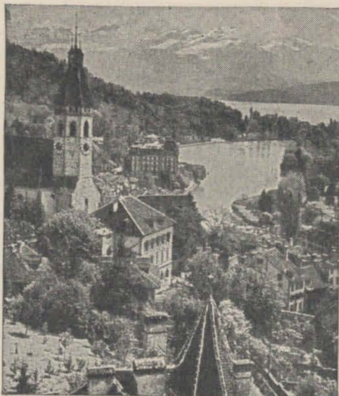
A la mañana siguiente, contenemos nuestra ansiedad por partir hacia los montes, y hacemos una visita al Museo

provistos y precediéndonos nuestro equipaje. Y a medida que el tren avanza, van acercándose las montañas. Cuando tomamos el vaporcillo en el lago de Thun, nuevas sorpresas nos emocionan, pareciéndonos que vamos navegando bajo la sombra de las montañas gigantescas.

El viaje por el lago nos parece demasiado corto; desembarcamos en el pequeño muelle con cierto pesar. Allí tomamos el tranvía funicular y comenzamos a subir por la montaña. Por momentos el panorama se hace más y más maravilloso, así como si se re-

velara a nuestros ojos un nuevo mundo. Al salir de la estación y comenzar nuestra caminata por la carretera que serpentea a lo largo de los declives del Beatenberg, nuestro entusiasmo aumenta todavía.

A derecha e izquierda descienden los bosques hasta el lago. El pueblo de San Beatenberg se extiende por ambos lados de la carretera en un largo de cuatro o cinco kilómetros, lleno de hoteles y *villas*, y con sus tiendas pintorescas. Seguimos nuestro camino, dejando atrás el último gran hotel, y llegamos hasta un punto elevado 300 metros por encima de dicho pueblo: es Amisbühl.



LA ANTIGUA CIUDAD DE THUN

Nunca podremos olvidar la semana que pasamos en Amisbühl. Desde la amplia terraza, donde podemos comer, si es éste nuestro deseo, descubrimos a Interlaken, la ciudad situada *entre los lagos* de Thun y Brienz, y la cordillera de montañas que parecían llamarnos mientras duró nuestro camino, desde Berna. Gracias a nuestro incomparable punto de vista, podemos contemplar a nuestro sabor dichas montañas a cualquier hora del día, haga buen o mal tiempo. Y a medida que las contemplamos más y más, descubrimos en ellas nuevos matices y mayores bellezas. Con el telescopio se alcanza a ver a los excursionistas que trepan hacia esas alturas, como inquietos puntos negros. También se descubren pintorescos detalles de las rocas y de la nieve congelada.



EN EL LAGO DE LUCERNA

En día de tempestad, con muchos truenos y relámpagos, la belleza del grandioso espectáculo nos deja suspensos. Nunca oímos truenos semejantes, al retumbar de montaña en montaña, ni jamás la luz de otros relámpagos nos reveló cosas tan sorprendentes. Y a veces, cuando la niebla cubre por completo la ciudad, y el lago del fondo, dudamos de que existan; pues la capa de niebla llega a hacerse impenetrable.

Entonces, y en medio de nuestro asombro, cambia el panorama repentinamente. Abajo, todo aparece bañado en la luz radiante del sol, y las nieblas se han elevado a las alturas, ocultando los picos de las montañas.

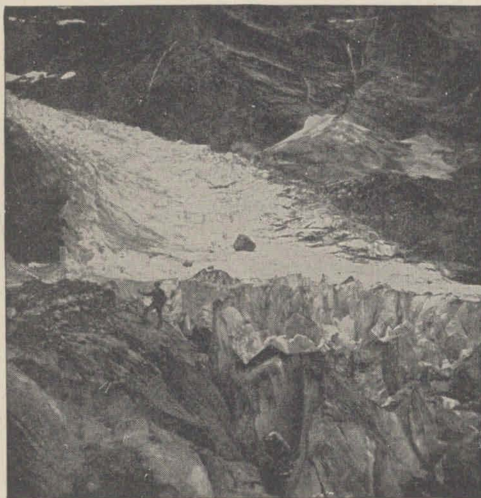
Se ha hecho en nosotros costumbre el levantarnos temprano para presenciar las bellezas de la aurora, desde nuestra ventana. Diariamente emprendemos excursiones peñas arriba, y hemos adquirido el hábito de trepar fácilmente por los declives resbaladizos. Al efecto, calzamos botas claveteadas, que no resbalan al pisar la tierra húmeda. Cuando, desde una cumbre, contemplamos el valle en el fondo, sentimos una intensa emoción. Allá arriba encontramos numerosos rebaños de cabras blancas, que triscan alegremente y se dejan acariciar por nosotros. Con ellas compartimos la sal que llevamos en la mochila, para echarles a los huevos cocidos. Pastan allí también hermosas vacas oscuras, cuyos cencerros suenan regocijadamente, y en las chozas

de los pastores nos dan una leche fresca y deliciosa.

Los días transcurren demasiado aprisa, y con pesar vemos llegada la hora de trasladarnos a Mürren. De nuevo nos echamos a la espalda las mochilas y enviamos nuestro equipaje a la ciudad. Al partir, vemos a la gente del país ocupada en guadañar el heno: parece que en todo el año no se hace otra cosa en Suiza; y marchando por entre graneros y *chalets*, nos deslizamos por los bosques en declive, hasta descender 1000 metros y llegar a la ciudad de los lagos.


CAMPESINOS SUIZOS ALMORZANDO

Algunos querían detenerse en la ciudad, pues son muy tentadores sus comercios; pero rechazamos esta idea, y partimos en tren, siguiendo el valle que tantas veces habíamos contemplado desde Amisbühl. En este trayecto, hasta Lauterbrunnen, siempre viajando en tren, gozamos igualmente de hermosas perspectivas. Desde luego hay el atractivo del río, que corre al lado de la vía férrea, cubierto de espuma. Además, las montañas coronadas de nieve están tan próximas, que parecen amenazarnos con derrumbarse sobre nosotros.


EL GLACIAR DEL ALTO GRINDELWALD

Podríamos tomar el funicular hasta Mürren, pero preferimos subir a pie, con lo cual podremos ver las cascadas que se encuentran en el camino y recrearnos contemplando la frondosidad de los senderos, tapizados de musgo, y en cuyas orillas crecen las fresas silvestres.

Cuando llegamos, ya cansados y sudorosos, a la meseta sobre la cual se levanta Mürren, nos sentimos asombrados ante la proximidad e inmensidad de las montañas, sólo separadas de nosotros por un profundo y estrecho valle. En medio de la noche brilla una claridad extraordinaria y sugestiva: todo el mundo deja de cenar para extasiarse en la contemplación de la hermosa luz brillante, que dura pocos minutos.

Desde nuestra ventana vemos retornar los rebaños de cabras que pasaron el día pastando en el monte. Del mismo modo, nos despierta por la mañana el alegre son de sus esquilas, indicándonos que parten los rebaños después de haber salido el sol gloriosamente. Nos quedamos en Mürren algunos días, dos de ellos a causa de la humedad, que es intensa; no hay vistas, ni luces, ni se ven a las lindas muchachitas encajeras, tan afanosas siempre por vender sus encajes a los turistas. Nos dedicamos durante estos dos días sombríos, a consultar nuestras guías y a escribir cartas a los amigos; pero, al fin, llega el buen tiempo, y entonces gozamos en largos paseos. ¡Y qué paseos! Cada día nos parece ver algo más hermoso que lo visto el día anterior. Pero lo que no se olvida es el Schilthorn, nuestra primera gran ascensión. Subimos, subimos sin parar, hasta que llegamos a una planicie yerma, toda llena de roquedales y nieve. La cruzamos, hundiéndonos en la nieve

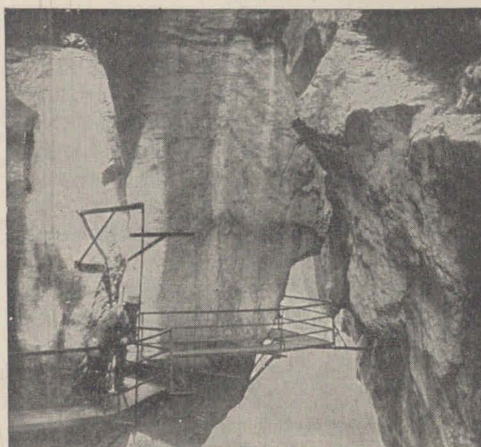
LA GLORIA DE LAS ALTURAS ALPINAS

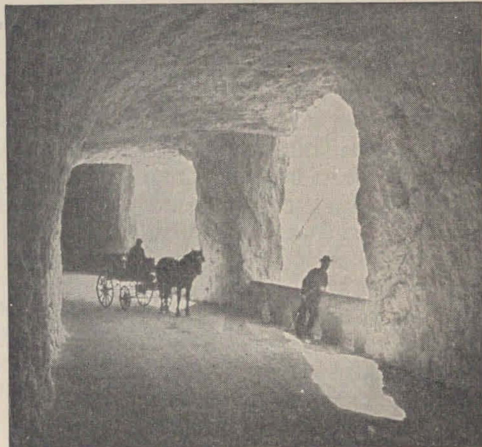

EL VALLE DE GRINDELWALD Y EL WETTERHORN


CABRAS EN LOS PICOS ALPINOS


TREPANDO POR UN PICO ESCARPADO


SALVANDO UNA PROFUNDA GRIETA

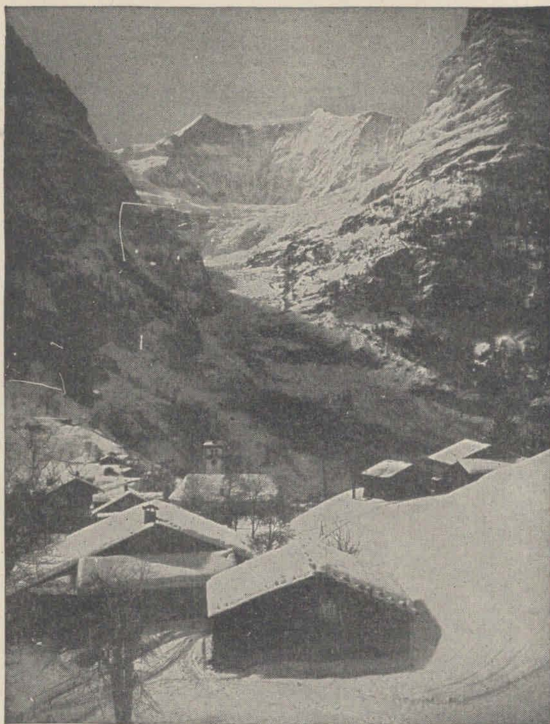

UN CAMINO CURIOSO, SOBRE EL AAR


CAMINO ABIERTO EN LA ROCA, EN LUCERNA

Estos grabados dan una vaga idea de la grandiosidad y variedad del paisaje alpino. Los picos nevados, la indescriptible belleza de los fértiles valles, los caminos y carreteras que pasan por encima, por debajo y a través de las rocas, son cosas que no olvida nunca el turista.

casi hasta las rodillas, y al final viene a saludarnos algo así como un soplo azul: azul es el paisaje, azul oscuro, que luego se aclara y se vuelve de un azul pálido; es el soplo azul que asciende del lago, del fondo azul, muy azul. Y extendiéndose por encima de todo, está el más azul de los cielos. El descenso es difícil, y tenemos que hacerlo con sumo cuidado. Nos entusiasma el hecho de tener que cruzar un río saltando sobre aisladas rocas que resisten firmes en medio de la corriente.

Hacemos otra hermosa excursión. Dejamos Mürren muy de madrugada, otra vez cargados con nuestras mochilas, y habiendo enviado el equipaje al Bajo Rickenbach, caminamos durante cuatro o cinco días. Pronto nos internamos por el camino que parte de Gimmelwald, y descendemos hasta el valle de Lauterbrunnen, cuyo nombre nos explicamos perfectamente: allí todo es agua; corren tumultuosos los torrentes, y se precipitan las cascadas espumosas, algunas desde una altura de 30 metros. A través de la niebla sutil, brillan los colores del arco iris. Nos internamos en los bosques, siguiendo a lo largo de los senderos, que se retuercen como para prepararnos nuevas sorpresas.



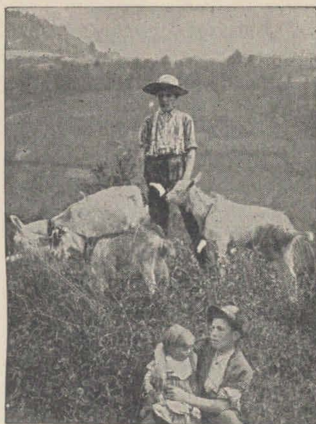
LA ALDEA DE GRINDELWALD

Inopinadamente nos encontramos al pie de una eminencia formidable y ¡oh! en las cimas de esta eminencia, se levanta uno de los hoteles de Mürren. Por el otro lado están los despeñaderos que descienden hasta el Jungfrau. Trepando un poco, llegamos a los saltos de Tummelbach, donde las aguas corren vertiginosamente por hendeduras rocosas, abiertas en el mismo corazón de la montaña. Tenemos que resguardarnos del rocío con paraguas que nos proporcionan los muchachos de aquellos contornos, y vemos luego cómo el agua se precipita, dando un brinco en el aire, sobre un río que corre velozmente en el fondo del valle.

Descendemos a él, y en nuestro camino nos encontramos con un amable profesor suizo, quien nos cuenta que estuvo en Nueva York, instruyendo niños en una escuela, y nos da luego preciosos informes de interesantes puntos de Zurich, donde reside habitualmente. Así se despierta en nosotros el deseo de visitarlos. Nos admira el profesor por su resistencia de andarín; cuando al fin nos despedimos de él, sentimos tener que decirle adiós. Le vemos marchar hacia Interlaken, mientras nosotros nos quedamos en Lauterbrunnen, en el mismo punto del valle donde se inició nuestra ascensión a Mürren.

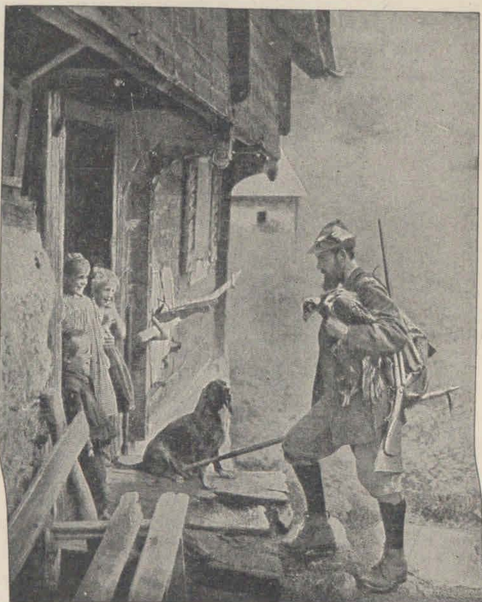
Todavía hemos de ascender a mayor altura, al Wengern Alp y a la cima del paso del pequeño Scheidegg; pero nos decidimos a hacerlo en tren, que corre entre prados y pinares, y atraviesa muchos puentes y túneles. Según vamos subiendo, la vista panorámica se hace más y más grandiosa, descubriéndose el valle de Lauterbrunnen y las

montañas que le rodean. Luego nos sentimos asombrados con la emocionante proximidad de los glaciares y de las inmensas montañas nevadas, que ahora sólo distan de nosotros cuatro o cinco kilómetros. Las formas extrañas de muchas de ellas comienzan a sernos familiares, esto aparte del Jungfrau, del Monje, del Eiger y del Silverhorn, que son las que más se destacan. El resto del día lo pasamos admirando vistas parciales, detalles sorprendentes del paisaje, y la atrevida construcción del ferrocarril, que llega hasta la cima del Jungfrau, pasando por una larga serie de túneles y ascensores. Los excursionistas que suben hasta el pico más alto, abriéndose paso entre la nieve y el hielo a golpes de hacha y de martillo, despiertan nuestra envidia. Quisiéramos imitarlos o, mejor, subir en una nave aérea, más alto aún, para dominar los picos más elevados. Nos es tan agradable la estancia en la cima, desde donde podemos descubrir el camino que seguiremos, a través del Grindelwald, hasta el gran Scheidegg, que nos quedamos en esta altura otro día y otra noche, y subimos al Lauberhorn, pasándonos las horas contemplando la belleza soberana de toda esta cadena de Berner Oberland, que por primera vez vimos desde Berna, tan distante, y como una ringlera de fantasmas gigantescos.



Un joven pastor de cabras.

Nos parece haber llegado a un mundo distinto, cuando al otro día pasamos por el ruidoso Grindelwald, que está atestado de turistas y vehículos, hoteles y comercios; y seguimos hacia el Wetterhorn, que nos muestra sus tres picos elevadísimos. Pasamos la noche en un hotel situado más allá de Grindelwald, cerca del Glaciar del Alto Grindelwald. Visitamos una gruta abierta en el hielo, pareciéndonos sumamente interesantes sus grietas azuladas y los despojos que ha dejado la corriente de hielo al derretirse. No podemos resistir la tentación de dar un paseo en el tren aéreo, que comienza a subir como un ascensor. Con ello podemos admirar a distancia el mar de hielo, con sus olas inmóviles, y el risueño valle, que ofrece tan bello contraste con sus verdes pastos y rodeado de montañas nevadas y desnudas. Tratamos en vano de hacernos amigos de una hermosa perra de San Bernardo y de sus cachorros, y nos dirigimos luego hacia el paso del gran Scheidegg, subiendo siempre y viendo amenizado nuestro camino con flores y brezos, con los frecuentes riachuelos y pequeñas cascadas, y con los colores de las rocas y del cielo. En un ventorrillo, situado en lo alto del paso, nos sirven un rico café, que tomamos con delicia. Desde allí miramos nuevamente las montañas gigantescas, que parecen habernos hecho la vida más amplia y feliz, y nos sugieren una idea



Un montañés que acaba de cazar un aguilucho.

del mundo algo más noble que aquella que teníamos anteriormente.

El descenso es fácil, deslizándose por el camino que corre a lo largo del Wetterhorn, bajo la sombra de ésta y otras montañas vecinas. De vez en cuando oímos el estrépito de un derrumbamiento y vemos levantarse un alud de nieve, que se dispersa en una cascada de blancos copos. Es en primavera cuando ocurren estos derrumbamientos, que sepultan casas y hasta aldeas enteras.

Al anochecer buscamos refugio en un aserradero, y a la mañana siguiente presenciamos el funcionamiento de la maquinaria, movida por un salto de agua. Pero nos llaman Rosenlaui con su admirable garganta y los espléndidos saltos de Reichenbach, tan espumosos, así como el romántico paso, todo lleno de rocas y helechos y con árboles muy frondosos. Luego, dejándonos a un lado Meiringen, seguimos nuestro camino por la garganta del Aar, hacia Innertkirchen. Descansamos por la noche sosegadamente, y al amanecer nos sentimos con nuevos ánimos para trepar hasta lo alto del monótono Genthal. Se va disipando la niebla, cuando pasamos por el hermoso lago de Engstlen, a trechos sombrío y a trechos brillante, y se ofrece en seguida a nuestros ojos el majestuoso Monte Titlis, apenas llegamos al paso de Joch, y comenzamos a descender por los senderos en declive que atraviesan los bosques, con dirección a Engelberg. Nos quedamos esa noche en el hotel Hess, donde se detienen frecuentemente los turistas antes de emprender su ascensión a la cumbre del Titlis. Desde allí se domina un vasto y espléndido panorama, que comprende todos los Alpes, desde Saboya hasta el Tirol, y por el Norte de Suiza, hasta el Sur de Alemania.



UNA CALLE DEL PUEBLO



LA FUENTE DEL PUEBLO

Sólo echamos una ojeada a Engelberg, al verde valle y a la enorme abadía, pues debemos tomar el tren que cruza por parajes famosos en la historia de Suiza y que, por Stanz, ha de conducirnos al lago de Lucerna. Pero nuestro punto de descanso es Dallenwil, una pequeña estación de la vía férrea. De allí subimos, siguiendo un sendero muy escarpado y atravesando pastos y bosques, para caminar casi a gatas durante tres horas. Cruzamos un río y seguimos subiendo por una colina muy escarpada, hasta llegar al Bajo Rickenbach. No hay camino para carruajes, de suerte que la única manera de llegar allí es hacer el trayecto cabalgando en una mula o, mejor, a pie, si se dispone de piernas resistentes. También hay turistas que se hacen conducir en una silla, por los guías.

El equipaje, los alimentos, los muebles, todo ha de ser transportado así. Estamos satisfechos de ver a nuestro lado los maletines de viaje, pues así podremos detenernos en este lugar durante toda una semana, para recorrer las cercanías, tan pintorescas, y gozar de la deliciosa tranquilidad y excelente *confort* del hotel donde nos hospedamos. En un convento cercano pasan sus vacaciones muchos niños, cuyos entretenimientos nos seducen. Las monjas del convento preparan *duettos*, que acompañan al piano, cantos accionados y recitaciones, todo a cargo de los niños escolares. Hay también un orféon infantil, que dirige un anciano sacerdote, por quien somos recibidos los visitantes, con exquisita amabilidad.

En nuestras diarias excursiones nos

extraviamos con frecuencia, lo cual nos proporciona ratos muy divertidos. Y vemos a los niños que están al cuidado de las vacas, en los pastos, y a las monjas que recogen el heno, tocadas con un sombrero sobre el velo. Aumentamos nuestra colección de flores y fotografías, y respiramos a todo pulmón el aire purísimo de aquellas alturas.


UN LABRADOR SUIZO

Llega el día de la partida, y lo sentimos. Pero no hay más remedio. Enviamos nuestros equipajes a Gersau, situado en el lago de Lucerna, y con las mochilas a la espalda, trepamos por la colina que se levanta por detrás del Bajo Rickenbach. Desde la cima, contemplamos el lago azul, en lo hondo. Hay otros lagos más distantes. Dirigimos nuestros ojos hacia el Rigi y Pilatos, grandes alturas, aunque no gigantes nevados. Luego descendemos al lago, donde tomamos el vapor que cruza hacia Gersau, punto al que hemos de llegar al final de nuestras vacaciones. ¡Qué amena es la travesía del lago, viendo pasar vapores y barcazas atestadas de fruta, y viendo reflejarse en las aguas tranquilas la luna y las estrellas! Las salidas y puestas de sol, son allí incomparables. Hay lugares espléndidos para pasearse, ya al nivel mismo del lago, ya en las montañas vecinas, frondosas hasta en su cumbre. También damos frecuentes paseos en los vaporcillos, y subimos después a los elevados picos, famosos por ofrecer cada uno de ellos un espléndido punto de vista.


UN GIGANTESCO CUERNO ALPINO


UNA PEQUEÑA ENCAJERA

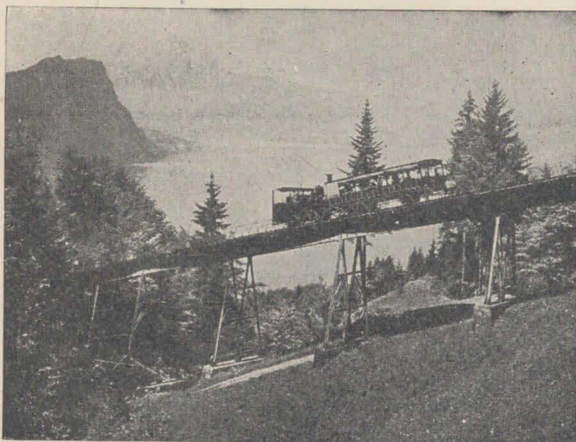
Nuestra excursión más prolongada es la que hacemos a la otra orilla del lago, y luego, en tren, a Goeschenen. Este ferrocarril es notabilísimo, por elevarse a gran altura, dando vueltas y más vueltas y pasando por muchos túneles. Ahora se satisface nuestro deseo de viajar en un coche suizo, que parece una combinación de tres carruajes distintos. Tomamos el coche de Ober-Alp, en Goeschenen.

Echamos una ojeada a la negra boca del túnel que perfora la gran montaña central de San Gotardo; otra ojeada al puente del Diablo, y otra a las fortificaciones de los pasos. Encontramos soldados que regresan de sus maniobras, llevando los mulos los cañones de montaña, divididos en piezas. Todo este aparato de fuerza es para la defensa, no para el ataque. Y nuestro coche, con sus cinco caballos, corre hacia Andermatt, siguiendo la carretera, que se hace interminable con sus zigzags, sus vueltas y sus recodos. Mirando hacia atrás, se descubren magníficos paisajes. Finalmente llegamos al lago, en la cima del Ober-Alp. Estamos ya cansados, y decidimos bajar al hotel y pasar allí la noche. Para llegar al hermoso Val Tavetsch, de donde parte el Rin en su viaje hacia el lejano mar del Norte, los caballos tienen que descender por un largo y escarpado camino.

Hemos venido a Ober-Alp para ver el nacimiento del Rin. Así nos produce gran desencanto el advertir, al día

siguiente, que está lloviendo a cántaros. No obstante, a pesar de la lluvia, intentamos subir hasta la llamada « fuente del Rin »; pero pronto nos envuelve una neblina tan densa, y sentimos un frío tan intenso, sobre todo en los brazos y las piernas, donde se nos pega la humedad, que tenemos que desistir. Por otra parte, la niebla no nos permite ver ni los árboles más próximos.

Volvemos al hotel, donde nos secamos y cambiamos de ropa, subiendo inmediatamente al coche para ir a Goeschenen, y desde allí a Gersau, donde hallamos el lago como de púrpura y oro, con la esplendente puesta del sol.



Ferrocarril de Cremallera, para ascender a la cima del Monte Rigi.

La lluvia se prolonga durante dos días, lo cual nos hace sentir menos el tener que abandonar este delicioso país de vacaciones, que ya oculta a nuestros ojos la densa niebla gris. Partimos, pues, en vapor, para ir de Gersau a Lucerna, ya que de ningún modo podríamos marcharnos sin haber visto tan decantada ciudad. Por fortuna, el tiempo se pone bueno a la mañana siguiente, lo que nos permite dar un paseo por los muelles, bajo la sombra de los castaños, gozando de las hermosas vistas que nos ofrece el lago, con el constante ir y venir de vapores, y la corriente gris y vertiginosa del Reuss. Los viejos puentes con techumbre son muy interesantes, así como los antiguos edificios donde se ostentan muestras y letreros colgados, según era la costumbre en la Edad Media. Vemos también el famoso *León agonizante*, tallado en la roca, y pensamos en el valor heroico de los guardias suizos que defendieron las Tullerías hasta morir, según aprendimos en la historia de Francia.

Algunos de nosotros queríamos emplear más tiempo visitando los tentadores comercios, para llevarnos a casa recuerdos del viaje, tales como típicos objetos de plata, flores de marfil, pintadas, y las siempre encantadoras escul turas de madera de los pequeños tallistas de Berna. Pero todavía nos queda otra excursión por hacer. En tranvía eléctrico primero, y después en un funicular, nos trasladamos a Sonnenberg, eminencia que se levanta detrás de Lucerna, y donde pasamos la tarde agradabilísimamente, despidiéndonos de los lagos y de las montañas, por las que ya sentíamos verdadero amor.

Por fin partimos de Lucerna, planeando un nuevo viaje para el año próximo y prometiéndonos ver entonces los dibujos de Holbein, en Basilea, y los antiguos edificios de Lucerna, así como para continuar aquella excursión que comenzamos en el coche del Ober-Alp.

